

Los mismos que han hecho creer á las gentes que la tierra puede ser un paraíso, las han hecho creer más fácilmente que la tierra ha de ser un paraíso sin sangre. El mal no está en la ilusion; está en que cabalmente en el punto y hora en que la ilusion llegara á ser creida de todos, la sangre brotaria hasta de las rocas duras, y la tierra se trasformaría en infierno. En este oscuro y bajo suelo, el hombre no puede aspirar á una ventura imposible, sin ser tan desventurado que pierda la poca dicha que alcanza.

CAPITULO VII.

RECAPITULACION. — INEFICACIA DE TODAS LAS SOLUCIONES PROPUESTAS: NECESIDAD DE UNA SOLUCION MAS ALTA.

Hasta aquí hemos visto de qué manera la libertad del hombre y la del ángel, con la facultad de escoger entre el bien y el mal, que constituye su imperfeccion y su peligro, era una cosa no solo justificada, sino tambien conveniente. Vimos tambien cómo del ejercicio de esa libertad constituida salió el mal con el pecado, el cual alteró profundísimamente el órden puesto por Dios en todas las cosas, y la manera convenientísima de ser de todas las criaturas. Pasando más adelante, despues de habernos dado cuenta de los desórdenes de la creacion, nos propusimos demostrar y demostramos, á nuestro entender cumplidamente, que así como al ángel y al hombre, dotados del libre albedrío, les fué dada la tremenda potestad de sacar el mal del bien y de inficionar todas las cosas, el uno con su rebelion, el otro con su desobediencia, y ambos con su pecado, Dios, para hacer contraste á esta libertad perturbadora, se reservó la potestad de sacar el bien del mal y el órden del desórden, usando de ella larga y convenientemente, hasta el punto de

poner las cosas en un sér más concertado y perfecto que el que hubieran alcanzado sin los ángeles rebeldes y sin los hombres pecadores. No siendo posible evitar el mal sin suprimir la libertad angélica y la humana, que eran un gran bien, Dios en su infinita sabiduría hizo de modo que el mal, sin ser suprimido, fué trasformado hasta el punto de servir, en su mano omnipotente, de instrumento de mayores conveniencias y de más altas perfecciones.

Para demostrar lo que á nuestro propósito cumplía, observamos que el fin general de las cosas era manifestar todas á su manera las perfecciones altísimas de Dios, y ser como centellas de su hermosura y magníficos reflejos de su gloria. Consideradas bajo el punto de vista de este fin universal, no nos fué difícil demostrar que de la obediencia humana y de la rebelion angélica se siguieron bienes incomparables, y que así la una como la otra sirvieron para que las criaturas, que antes reflejaban solamente la divina bondad y la divina magnificencia, reflejaran tambien toda la sublimidad de su misericordia y toda la grandeza de su justicia. El orden no fué universal y absoluto sino cuando las criaturas tuvieron en sí todos estos espléndidos reflejos (1).

(1) El Sr. Gaduel cita este último párrafo, y despues dice:

«Con que es decir que sin el pecado y sus terribles consecuencias, el orden no hubiera sido universal y absoluto, ni las criaturas habrían reflejado con bastante esplendor las perfecciones divinas! Es así que Dios quiere el orden esencialmente; es así que era conveniente, necesario quizás en concepto del Sr. Donoso, que el orden fuese universal y absoluto, y que la creacion reflejase más perfectamente los atributos divinos; luego... la conclusion se adivina al instante.» (*Ami de la Religion*, núm. del 8 de Enero de 1853.)

El Sr. Donoso acaba de decir (al principio del capítulo) que en el origen de todas las cosas Dios las había establecido con un orden especial, y había dado á cada una el modo de ser que le convenia en el más alto grado; que el orden no ha sido alterado más que por la culpa; que el pecado es obra del libre albedrío en el ángel y en el hombre; que siendo el libre albedrío un gran bien, Dios no ha querido que ni el ángel ni el hombre careciesen de él, pero que ha sabido repara-

De los problemas relativos al orden universal de las cosas, pasamos á los que se refieren al orden general de las cosas humanas: discurriendo por este anchísimo campo, vimos propagarse el mal en la humanidad con el pecado; allí vimos de qué manera la humanidad estuvo en Adán, y cómo la especie fué en el individuo pecadora. Así como el pe-

rar el desorden causado por el mal uso que de él hicieron, sirviéndose áun del mal mismo para establecer un orden más armónico y perfecto. Y despues de este resúmen de su doctrina en que establece netamente que el pecado no ha sido necesario, pues no designa como causa suya más que el libre albedrío, el Sr. Gaduel sale y le acusa de enseñar que el pecado ha sido necesario y necesariamente querido por Dios. ¿Y porqué? Por haber añadido el Sr. Donoso que del mal obrado por el hombre, saca Dios el bien; que del mismo desorden ha sabido sacar la infinita sabiduría un orden más *concertado y perfecto*; en otros términos, un orden que manifiesta más perfectamente las divinas perfecciones. ¿Pero podrá negar el Sr. Gaduel que esto sea así? ¿No dice él mismo con la Santa Iglesia, que la *reparacion de nuestra naturaleza ha sido más admirable que su creacion*? Y si esto no puede negarlo, forzoso le es confesar que el orden anterior al pecado no era el más perfecto, y que si era *universal y absoluto*, en el sentido en que todas las cosas estaban en orden, segun lo afirma explícitamente Donoso («*El pecado alteró profundisimamente el orden puesto por Dios en todas las cosas, y la manera convenientísima de ser de todas las criaturas*») no era este sentido el único en que se podia interpretar el pasaje censurado, de tal manera que en él se niegue la posibilidad de un orden más perfecto, y que manifieste más completamente las perfecciones divinas.

Pero, dirá el Sr. Gaduel, no siendo posible este orden más perfecto sino por el pecado, al querer ese orden, síguese que Dios ha querido tambien el pecado. Si esta objecion valiese algo, valdria no solamente contra Donoso, sino contra la misma doctrina católica, segun la cual el orden posterior al pecado es más perfecto que el anterior á él; y de hecho ha sido menester el pecado para realizar este orden *tal como es*. Pero la objecion carece de toda fuerza: no pudiendo Dios querer ni hacer el mal, y no pudiendo el mal provenir sino de la libre voluntad de la criatura inteligente, síguese que la realizacion de un orden de cosas tan perfecto como se le quiera suponer, que tuviese por condicion *sine qua non* el pecado, sería necesariamente un hecho contingente por su naturaleza. Aun admitiendo que este orden fuera en sí el más perfecto de todos los órdenes posibles, Dios no lo podria querer con una voluntad primera y antecedente á la prevision del pecado, pues querer así aquel orden, sería querer su condicion, que es el pecado; y suponer semejante voluntad en Dios, es negar en él toda perfeccion y todo

cado, considerado en sí mismo, fué poderoso para turbar el orden del universo, lo fué tambien y con mayor razon para poner en desorden todas las cosas humanas. Para la inteligencia de lo que antes dijimos y de lo que diremos despues,

orden, lo cual es tanto como negarle á él mismo. Pero lo que Dios no puede querer con una voluntad necesaria que se dicte fatalmente á la criatura, lo puede querer con voluntad libre y por prevision de las determinaciones libres de la criatura. El orden más perfecto realizado por Dios despues del pecado, y que manifiesta más completamente los atributos divinos, no ha sido, pues, necesario, ni por parte del hombre, que ha pecado libremente, ni tampoco por parte de Dios, que ántes de la prevision del pecado no podia quererlo, y que despues del pecado seguia siendo dueño de disponer como le pluguiese de la criatura culpable. Pero si este orden no era necesario, era ciertamente *convenientísimo*, sin que sea forzoso tomar esta palabra, digámoslo de pasada, en su sentido vulgar, sino en el sentido propio que la usa la ciencia teológica, es decir, de una armonia de relaciones y proporciones que satisface plenamente á la inteligencia. Pues bien, Donoso no habla más que de *conveniencia*; y la única conclusion que se puede sacar legítimamente de su doctrina es que no era necesario, sino muy conveniente que Dios creara al ángel y al hombre con el libre albedrío que les dió, si bien preveía el mal uso que de él habian de hacer; que era *conveniente*, en una palabra, que Dios dejase al ángel y al hombre la libertad del mal, pues podia sacar del mal, obra del ángel y del hombre, un bien mayor y un orden más perfecto.

Para conocer cuán lejos está el Sr. Donoso del error que le imputa el Señor Gaduel, basta fijarse en un pasaje del capítulo VIII, donde dice que aunque el hombre no hubiera pecado, se habria cumplido de todos modos el orden establecido por Dios, como cosa por Dios querida con voluntad absoluta; pero queriendo tambien Dios dejar al hombre libre, quiso, no con voluntad absoluta, sino con voluntad relativa, el medio de cumplir su voluntad absoluta: en otros términos: el orden querido por Dios, que se realizó á pesar del pecado, se habria realizado tambien, aunque de otro modo, si no hubiese pecado el hombre. Hé aquí el texto de Donoso: «*La libertad humana, que es poderosa para impedir el cumplimiento de la voluntad de Dios en lo que tiene de relativo, no lo es para impedir la realizacion de esa misma voluntad en lo que tiene de absoluto... Sin lo que habia en su voluntad de absoluto, Dios no hubiera sido soberano; y sin lo que habia de relativo en ella, no hubiera sido posible la libertad humana: por el contrario, por lo que en su voluntad hubo á un tiempo mismo de absoluto y relativo, de contingente y necesario, pudieron coexistir y coexistieron la soberania de Dios y la libertad del hombre. En calidad de soberano, Dios decretó aquello que habia*

conviene advertir aquí que, así como el fin universal de las cosas es manifestar las perfecciones divinas, el fin particular del hombre es conservar su union con Dios, lugar de su alegría y de su descanso: el pecado desordenó las cosas humanas, apartando al hombre de esa union, que constituye su

«*de ser; en calidad de libre, el hombre determinó que aquello que habia de ser no sería de cierta manera.*»

Así, pues, el Sr. Donoso dice formalmente que el pecado no fué un hecho necesario, sino *contingente* y todo él dependiente de la libre voluntad del hombre, y que el plan divino, el orden *universal* y *absoluto*, se habria cumplido aun cuando el hombre no hubiese pecado. El Sr. Gaduel deja que sus lectores ignoren todo esto, y les sugiere, con ayuda de un *puede ser*, que según las ideas del Señor Donoso, el plan divino hacia *necesaria* la culpa y sus formidables consecuencias!

Con las palabras *orden universal* y *absoluto* no quiere el Sr. Donoso expresar un orden que se dicte fatalmente á Dios, y que Dios dicte despues fatalmente á las criaturas; todo el *Ensayo* protesta contra este grosero error, pues en todo él se proclaman la libertad de albedrío en el hombre y la soberana libertad de Dios. Con aquellas palabras Donoso entiende un orden libremente querido por Dios en consecuencia de libres determinaciones de la criatura infaliblemente previstas, y dice que el orden querido de hecho por Dios, no es universal ni absoluto bajo estas condiciones, sino cuando es realizado plenamente por Dios según su voluntad. Así, pues, habiendo creado libremente al hombre, y decretado libremente que su fin sería estar unido con Dios, el orden exige que esta union se logre, y no será universal y absoluto sino cuando este fin sea logrado plenamente. Pero como quiera que la realizacion de este fin dependa juntamente de la libertad del hombre y de la soberana voluntad de Dios, es indudable que la manera de realizarse será diferente, según que el hombre peque ó no, y según el medio libremente escogido por Dios para asegurar aquella realizacion en ambas hipótesis. Esto es lo que expone el Sr. Donoso en el pasaje del capítulo siguiente que acabamos de copiar, en aquel otro donde muestra que el medio libremente escogido por Dios para la deificacion del hombre despues del pecado, ha sido la redencion por la Encarnacion del Verbo, y por tanto que el orden no ha sido universal y absoluto, sino por virtud y obra de este inefable misterio. En el mismo citado pasaje, añade el Sr. Donoso, refutando á Proudhon, que la Encarnacion era *convenientísima*, pero no *necesaria*, previniendo así la acusacion del Sr. Gaduel, y advirtiéndole que el orden *universal* y *absoluto* no es tal sino porque Dios lo ha querido, y por ser el escogido por Dios para realizarlo; y por consiguiente, que esos vocablos no implican ningun género de fatalidad.

(Véase en el lib. II, cap. VII, las notas de las páginas 196, 198, 203 y 211.)

fin especial: y desde ese momento el problema, por lo que hace á la humanidad, consiste en averiguar de qué manera el mal puede ser vencido en sus efectos y en su causa: en sus efectos, es decir, en la corrupcion del individuo y de la especie con todas sus consecuencias; en su causa, es decir, en el pecado.

Dios, que es simplicísimo en sus obras porque es perfectísimo en su esencia, vence al mal en su causa y en sus efectos por la secreta virtud de una sola trasformacion; pero esta tan radical y portentosa, que por ella todo lo que era mal se muda en bien, y todo lo que era imperfeccion, en perfeccion soberana. Hasta aquí hemos venido exponiendo la manera y forma con que Dios transforma en instrumentos del bien los efectos mismos del mal y del pecado. Procediendo todos ellos de una corrupcion primitiva del individuo y de la especie, no son otra cosa en la especie ni en el individuo, considerados en sí, sino una desgracia lamentable: quien dice desgracia, dice efecto necesario; y si la causa de donde el efecto se sigue es de aquellas que obran de una manera constante, quien dice desgracia, tanto quiere decir como desgracia, por su naturaleza, invencible. Imponiendo la desgracia como una pena, Dios hizo posible su trasformacion, por medio de su aceptacion voluntaria por parte del hombre. Cuando el hombre ayudado de Dios aceptó heroicamente como una pena justa su desgracia, su desgracia no cambió de naturaleza, considerada en sí misma, lo cual sería imposible de todo punto; pero adquirió una nueva y extraña virtud, la virtud expiatoria y purificante. Conservando siempre su invencible identidad, produce efectos que naturalmente no están en ella, siempre que se combina de una manera sobrenatural con la aceptacion voluntaria. Esta doctrina consoladora y sublime nos viene á un tiempo mismo de Dios, de la razon y de la historia, constituyendo una verdad racional, histórica y dogmática.

El dogma de la trasmision de la culpa y de la pena, y el de la accion purificante de la última siendo libremente aceptada, nos llevó como por la mano al exámen de las leyes orgánicas de la humanidad, por las cuales se explican cumplidamente todas sus evoluciones históricas y todos sus movimientos. El conjunto de esas leyes constituye el orden humano, y de tal manera le constituye, que no puede ser ni imaginado de otra manera.

Despues de haber expuesto las soluciones católicas sobre estos problemas altísimos y temerosos, de los cuales unos son relativos al orden universal y otros al orden humano, propusimos las soluciones inventadas por la escuela liberal y por los socialistas modernos, y demostramos, por una parte, las sublimes armonías y consonancias de los dogmas católicos, y por otra las extravagantes contradicciones de las escuelas racionalistas. La impotencia radical de la razon para hallar la solucion conveniente de estos problemas fundamentales, sirve para explicar la incoherencia y la contradiccion que se observan en las soluciones humanas; y esas contradicciones incoherentes sirven á su vez para demostrar la imposibilidad absoluta en que está el hombre abandonado á sí mismo, de remontarse con sus propias alas á aquellas encumbradas y serenas alturas en donde puso Dios las leyes secretísimas de todas las cosas. De este exámen, hasta cierto punto prolijo si se atiende á los estrechos límites de esta obra, resulta demostrado hasta la evidencia: lo primero, que toda negacion de un dogma católico lleva consigo la negacion de todos los otros dogmas; y al revés, que la afirmacion de uno solo lleva consigo la afirmacion de todos los dogmas católicos; lo cual es una demostracion invencible de que el Catolicismo es una inmensa síntesis, puesta fuera de las leyes del espacio y del tiempo: lo segundo, que ninguna escuela racionalista niega todos los dogmas católicos á la vez; de donde se sigue que todas están condenadas á la in-

consecuencia y al absurdo: y lo tercero, que no es posible salir del absurdo y de la inconsecuencia sin aceptar todas las afirmaciones católicas con una aceptación absoluta, ó negarlas todas con una negación tan radical que vaya á parar al nihilismo.

Por último, después de haber examinado cada uno de por sí aquellos dogmas que se refieren al orden universal y al orden humano, consideramos su armonioso y magnífico conjunto en la institución de los sacrificios sangrientos, la cual trae su origen de aquella primera edad que siguió inmediatamente á la gran catástrofe paradisíaca. Allí vimos que esa institución misteriosa es, por un lado, la conmemoración de aquella gran tragedia y de la promesa de un redentor, hecha por Dios á nuestros primeros padres; por otro, la encarnación de los dogmas de la solidaridad, de la reversibilidad, de la imputación y de la sustitución; y por último, el símbolo perfectísimo del sacrificio futuro, tal como le habíamos de ver realizado en la plenitud de los tiempos. Puestas en olvido entre las gentes las tradiciones bíblicas, el mundo olvidó el significado propio de aquella institución religiosa, que vino corrompiéndose por todas partes: por su corrupción se explica la institución universal de los sacrificios humanos, los cuales dan testimonio á la verdad de la tradición, si bien se apartan de ella en aquellos puntos en que había caído en olvido de las gentes. Con este motivo expusimos el grande error y la grande enseñanza que están juntos en esa institución, que á primera vista parece inexplicable por lo que tiene de profundamente misteriosa. Su grande error está en atribuir al hombre la virtud expiatoria del que le había de sustituir cuando se hubieran cumplido los tiempos, según la voz de las antiguas profecías y de las antiguas tradiciones; su grande enseñanza está en atribuir á la sangre derramada en cierta forma la virtud de aplacar de cierto modo y hasta cierto punto la cólera divina. Por el encadenamiento y la

conexión de estas deducciones, fuimos á parar al examen de la pena de muerte, universalmente instituida en toda la tierra como una profesión de fé de la virtud que está en la sangre, hecha en todos los tiempos por todo el género humano. Con este motivo, interrogamos á las escuelas racionalistas sobre esta materia escabrosa; y en este punto, como en todos los demás, sus respuestas y sus soluciones nos parecieron contradictorias y absurdas. Llevándolas de contradicción en contradicción, las pusimos en el caso de escoger entre la aceptación de la pena de muerte para los delitos políticos como para los comunes, ó la negación radical y absoluta á un tiempo mismo del delito y de la pena.

Llegados á este punto de la discusión, solo nos falta, para ponerla un término dichoso, acercarnos con santo terror y con muda y extática reverencia al misterio de los misterios, al sacrificio de los sacrificios, al dogma de los dogmas. Hasta aquí hemos visto, por una parte, las maravillas del orden divino, por otra la armonía del orden universal, y por último, la altísima conveniencia del orden humano: ahora nos cumple subir á cumbre más alta, á la que domina y señorea todas las cumbres católicas. Allí está asentado en toda su majestad, misericordiosa á un mismo tiempo y tremenda, terribleísima y mansísima, Aquel que había de venir, y que vino, y que viniendo, lo trajo todo á sí, y lo unió en sí con fortísima y amorosísima lazada. Él es la solución de todos los problemas, el asunto de todas las profecías, el figurado en todas las figuras, el fin de todos los dogmas, la confluencia del orden divino, del universal y del humano; la llave de todos los secretos, la luz de todos los enigmas, el prometido por Dios, el deseado de los patriarcas, el aguardado de las gentes, el padre de todos los afligidos, el reverenciado de los coros de las naciones y de los coros angélicos, *alfa* y *omega* de todas las cosas.

El orden universal está en que todo se ordene armonio-

samente para aquel fin supremo que impuso Dios á la universalidad de las cosas. El supremo fin de las cosas consiste en la manifestacion exterior de las divinas perfecciones. Todas las criaturas cantan la bondad y la magnificencia y la omnipotencia de Dios. Los justificados ensalzan su misericordia, los réprobos su justicia. ¿Cuál criatura, entre las criadas, celebra su amor de una manera tan especial como los réprobos su justicia y los justificados su misericordia? Y siendo esto así, ¿no se echa de ver claramente la altísima conveniencia de que en el universo, formado para manifestar las divinas perfecciones, se levantara una voz universal ensalzando el divino amor, ese último toque de las perfecciones divinas?

El orden humano está en la union del hombre con Dios: esa union no puede realizarse, en nuestra condicion actual y en nuestro actual apartamiento, sin un esfuerzo gigantesco para levantarnos hasta él. ¿Pero quién pide esfuerzo al que es débil, y quién manda levantarse y subir hasta la cumbre altísima de un monte al que está caído en el valle y lleva sobre sus hombros el peso de su pecado? Sé que la aceptacion heróica y voluntaria de mi dolor y de mi cruz me levantaria sobre mí mismo. ¿Pero cómo he de amar lo que naturalmente aborrezco, y cómo he de aborrecer lo que naturalmente amo, y esto voluntariamente? Me mandan amar á Dios, y siento discurrir por mis venas el amor corrosivo de mi carne. Me mandan andar, y estoy reducido á prisiones. Con mi pecado no puedo merecer, y no puedo apartarme del pecado, que me tiene asido si no me le quitan. Ninguno puede quitármele si no tiene hácia mí un infinito amor, anterior á todo merecimiento; y nadie me ama con ese amor infinito. Soy el ludibrio de Dios y la fábula del universo; en vano discurriré por todo el cerco de la tierra; que adonde quiera que vaya, irá conmigo mi desventura: y en vano pondré los ojos en ese cielo de metal, que jamás hirió mi frente con un rayo de esperanza.

Si todo esto es así, es claro que el edificio católico que venimos levantando laboriosamente, viene al suelo, falto de aquella espléndida cúpula que le habia de servir de remate y de áncora. Nueva torre de Babel, levantada por el orgullo y fabricada sobre arenas frágiles y movedizas, será juguete del temporal y escarnio de los vientos; el orden humano, el orden universal no son otra cosa sino palabras resonantes; y todos aquellos temerosos problemas que traen á la humanidad pensativa y contristada, quedan en pie y envueltos en su oscuridad invencible, á pesar del vano aparato de las soluciones católicas; mejor trabadas entre sí que las soluciones de las escuelas racionalistas, su trabazon no es tan perfecta, sin embargo, que pueda resistir al empuje de la razon humana. Si el Catolicismo no dice más, ni enseña más, ni contiene más que lo que va dicho, contenido y enseñado en aquellas soluciones, el Catolicismo no es más que un sistema filosófico, que siendo más acabado que los sistemas anteriores, segun todas las probabilidades será menos perfecto que los sistemas futuros. Aun hoy dia puede acusársele ya de impotencia notoria para resolver los grandes problemas que se refieren á Dios, al universo y al hombre; Dios no es perfecto, si no ama de una manera infinita; el orden no existe en el universo, si no hay en él nada que manifieste ese amor; y en cuanto al hombre, el desorden en que está puesto es tan invencible, que no puede salvarse no siendo amado infinitamente.

Y no se diga que Dios es infinitamente bueno é infinitamente misericordioso, y que el amor va supuesto y como escondido en su infinita bondad y en su infinita misericordia; porque el amor es de por sí cosa tan principal, que cuando existe, á todas las otras las domina y señorea. El amor no es contenido, es continente; se declara, no se esconde: tal es su condicion, que no pueda estar en ninguna parte sin que parezca que está solo y que todo lo avasalla; él lleva de

suyo no ordenarse á ningun fin, y ordenar á sí todas las cosas. El que ama, si ama bien, ha de parecer que enloquece; y para ser infinito el amor, ha de parecer una infinita locura.

Hay una voz que está en mi corazon y que es mi mismo corazon, que está en mí y que es yo mismo, y que me dice: Si quieres conócer al verdadero Dios, mira al que te ama hasta enloquecer por tí, y al que te ayuda á que le ames hasta enloquecer por él: y ese es el Dios verdadero; porque en Dios está la bienaventuranza, y la bienaventuranza no es otra cosa sino amar, y padecer desmayos de amor, y estar desmayado así perpétuamente. Nadie me llame á sí si no me ama, porque no responderé á su llamamiento. Mas si la voz que escucho es voz de amor, héme aquí, diré al punto, y seguiré á mi amado sin preguntarle ni adónde va, ni á qué parte me lleva; porque adonde quiera que me lleve y adonde quiera que vaya, hemos de estar él y yo y nuestro amor, y nuestro amor él y yo somos el cielo. Yo quisiera amar así, y sé que no puedo amar así, y que no tengo á quien amar de esta manera, y aun por eso me deshago y me atormento en un cerco sin salida. ¿Quién me sacará de este cerco que me ahoga, y me dará alas como de paloma para discurrir por otras regiones y para subir á otras alturas?

CAPITULO VIII.

DE LA ENCARNACION DEL HIJO DE DIOS Y DE LA REDENCION DEL GÉNERO HUMANO.

De dos problemas dijimos que estaban por resolver para que pudiera constituirse de todo punto así el orden universal como el humano: Dios sacó el bien de la prevaricacion primitiva, la cual le sirvió de ocasion para manifestar dos de sus más grandes perfecciones: su infinita justicia y su infinita misericordia. No era esto bastante sin embargo; convenia además, para que en las cosas de la creacion, y especialmente en las humanas, hubiera aquel orden y concierto que atestiguan la presencia de Dios en todas sus obras, que el pecado mismo de la prevaricacion fuera borrado de todo punto; como quiera que, cualquiera que fuese el bien que Dios sacara de él, quedando subsistente, quedaba en pié, y como desafiando á todo el divino poder, el mal por excelencia. Por otra parte, nada conviene más á la misericordia infinita de Dios, sino ayudar con mano á un mismo tiempo potentísima y clementísima la invencible flaqueza del hombre, para que de tal manera se levantara sobre su miserable con-